

Los vicios de la impureza



Primer Punto: El engaño de aquellos que dicen que los pecados contra la pureza no son un gran mal.

El incasto dice por tanto que los pecados contra la pureza no son sino un mal menor: *Al igual que la puerca vuelve a revolcarse en el lodo (II Pedro II: 22)*. Ellos se encuentran inmersos en su propia suciedad (inmundicia), por lo que no ven la maldad de sus acciones, y por lo tanto, no sienten ni aborrecen el mal olor de sus impurezas, que produce asco y horror en todos los demás. Usted, que dice que el vicio de la impureza no es más que un pequeño mal; yo le pregunto ¿Puedes negar que es un pecado mortal? Si lo niegas, eres un hereje, porque como dice San Pablo: *No os engañéis: pues ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas (que se echan con varones), ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores, poseerán el Reino de Dios (I Corintios VI: 9-10)*. La impureza es un pecado mortal, no puede ser un pequeño mal; es más pecaminoso que el robo o la detracción, o la violación del ayuno. Entonces, ¿Cómo puedes decir que no es un gran mal? ¿Tal vez es el pecado mortal que a usted le parece ser un mal menor? ¿Es un mal menor despreciar la gracia de Dios, darle la espalda a Él, y perder su amistad, por un bestial placer transitorio?

Santo Tomás enseña que ese es un pecado mortal, que contiene cierta infinidad de malicia, porque es un insulto a hacia Dios infinito: *Un pecado cometido contra Dios, tiene una cierta infinitud, a causa de la infinita Majestad Divina - Santo Tomás*. ¿Es pecado mortal un mal menor? Se trata de un mal tan grande, que si todos los ángeles y todos los santos, los apóstoles, mártires, e incluso la Madre de Dios, ofrecieran todos sus méritos para expiar un solo pecado mortal, la oblación no sería suficiente. No, porque esa reparación o satisfacción sea finita; sino que la deuda contraída por el pecado mortal es infinita, a causa de la majestad infinita de Dios, que ha sido ofendido. Dios detesta enormemente a los pecados contra la pureza más allá sin medida. Si una mujer encuentra su plato sucio, se asquea, y no puede comer. ¿Ahora, que repugnancia e indignación debe tener Dios, que es la pureza misma? he aquí las asquerosas impurezas por las cuales su ley es violada. Él ama la pureza con un amor infinito, y en consecuencia Él detesta infinitamente la sensualidad que el hombre lascivo y voluptuoso llama un mal menor. Hasta los demonios que tenían un alto rango en el cielo antes de su caída, desprecian a tentar a los hombres a los pecados de la carne. Santo Tomás dice que Lucifer, que se supone haber sido el Diablo que tentó a Jesús en el desierto, lo tentó a cometer otros pecados, pero despreciado a tentarlos para atentar contra la castidad. ¿Es este pecado un mal menor? ¿Es entonces un mal menor el ver a un hombre dotado de un alma racional, y enriquecido con tantas gracias divinas, atreverse por medio de los pecado de impureza, a rebajarse al nivel de una bestia? *La fornicación y el placer*, dice San Jerónimo: *pervierten el entendimiento, y los hombres se convierten en bestias*. En el voluptuoso (lujurioso) e incasto, se verifican literalmente, las palabras de David: *Y el hombre cuando estaba en honor no lo entendió; ha sido comparado a las bestias sin razón, y se ha hecho semejante a ellas (Salmo XLVIII: 13)*. San Jerónimo dice que no hay nada más vil y degradante, que dejarse vencer por la carne: *Nihil Vilius quam vinci una carne*. ¿Es un mal menor olvidar a Dios y desterrarlo del alma, por ir tras darle al cuerpo una satisfacción vil, de la cual, cuando se ha terminado, te da vergüenza? De esto, el Señor se queja por medio del profeta Ezequiel: *Por tanto, así dice el Señor Dios: Porque te has olvidado de Mí y me has vuelto las espaldas, por lo mismo lleva tú también sobre ti la pena de tus maldades y prostituciones (Ezequiel XXIII: 35)*. Santo Tomás dice que por todos los vicios, pero sobre todo por el vicio de la impureza, los hombres se retiran bien lejos de Dios: *Por luxuriam maxime recedit a Deo*.

Por otra parte, los pecados de impureza, debido a su gran número, son un mal inmenso. Un blasfemo no siempre blasfema, pero sólo cuando está borracho, o es provocado a encolerizarse. El asesino, cuyo comercio es asesinar a otros , no en la mayoría comete más de ocho o diez homicidios. Sin embargo, el incasto es culpable de un torrente incesante de pecados, por los pensamientos, por las palabras, por las miradas, por las complacencias, y tocando, de modo que, cuando van a la confesión, les resulta imposible saber el número de los pecados que han cometido contra la pureza. Incluso en su sueño, el Diablo representa para ellos objetos obscenos, que al despertar, pueden deleitarse con ellos, y porque se hacen los esclavos del enemigo, obedecen y dan consentimiento a sus sugerencias, porque es fácil de adquirir un hábito de este pecado. Para los demás pecados, como la blasfemia, la malediciencia, y el asesinato, los hombres no son propensos, pero a este vicio, que la naturaleza les inclina. Por lo tanto, dice Santo Tomás, que no hay ningún pecador tan dispuesto a ofender a Dios, como lo es el devoto de la lujuria, en cada ocasión que se le ocurre: *Nullus ad Dei contemptum promptior*. El pecado de impureza trae consigo el pecado de difamación, de robo, odio y la jactancia de sus asquerosas abominaciones. Además, normalmente implica la malicia del escándalo. Otros pecados, como la blasfemia, el perjurio y el asesinato, despiertan horror en los que son testigos, pero este pecado excita a otros, que son carnales, para cometerlos, o por lo menos, para cometerlos con menos horror. *Totum hominem*, dice San Cipriano: *agit in triumphum libidinis*. Por la lujuria el Diablo triunfa sobre el hombre entero, sobre su cuerpo y sobre su alma; en su memoria, llenándola con el recuerdo de los placeres impuros, con el fin de hacerle tomar la complacencia en ellos; sobre su intelecto, para hacerlo desear ocasiones de cometer pecado; sobre la voluntad, haciendo que ame sus impurezas, como su fin último, y como si no existiera Dios.

Hice pacto con mis ojos de no mirar, ni siquiera pensar en una virgen. ¿Porque, qué parte tendría Dios en mí de arriba? (Job XXXI: 1-2). Job tuvo miedo de mirar a una virgen (doncella), porque sabía que si él accedía a un mal pensamiento, Dios no tendría parte en él. Según San Gregorio, de la impureza surge la ceguera del entendimiento, la destrucción, el odio hacia Dios, y se pierde la esperanza de la vida eterna. San Agustín dice que a pesar de que el incasto (lascivo) puede envejecer, el vicio de la impureza no envejece en él. Por lo tanto, Santo Tomás dice que no hay pecado en el que el Diablo se deleita tanto como en este pecado; porque no hay otro pecado en el cual la naturaleza se aferra con tanta tenacidad. Al vicio de la impureza se adhiere tan firmemente al apetito por los placeres carnales que se convierte en insaciable. Ahora vayan y digan que el pecado de la impureza solamente es un pequeño mal. A la hora de la muerte tú no dirás eso; todos los pecados de ese tipo entonces les mostrarán a usted un monstruo del infierno. Mucho menos, dirá usted eso ante el Juicio en el Trono de Jesucristo, quien te dirá lo que el Apóstol ya te ha dicho: *Ningún fornicario, o inmundo (quien comete immoralidades sexuales, o hace cosas impuras) será heredero del reino de Cristo y de Dios (Efesios V: 5)*. El hombre que ha vivido como un animal, no merece sentarse con los ángeles.

Mis queridos Hermanos, vamos a seguir orando para que Dios nos libre de este vicio, y si no lo hacemos, perderemos nuestras almas. El pecado de impureza trae consigo la ceguera y la obstinación. Todos los vicios produce el oscurecimiento del entendimiento, pero en la impureza se produce en mayor grado que el resto de los pecados: *La Fornicación, el vino y la embriaguez, quitan la razón (Oseas IV: 11)*. El Vino nos priva de entendimiento y la razón; lo mismo ocurre con la impureza. Por lo tanto, Santo Tomás dice que el hombre que se entrega a los placeres impuros, no vive de acuerdo a la razón: *In nullo procedit secundum iudicium rationis*. ¿Ahora si los incastos se ven privados de luz, y ya no ven el mal que ellos hacen, cómo pueden ellos aborrecerlo, para enmendar sus vidas? El profeta Oseas dice que ese que es cegado por su propio lodo, ni siquiera piensan en volver a Dios, porque sus impurezas le arrebató todo conocimiento de Dios: *No aplicarán sus pensamientos para volverse a su Dios: porque hay espíritu de prostitución en medio de ellos, y no conocerán al Señor (Oseas V: 4)*. Por lo tanto, San Lorenzo Justiniano escribe, que este pecado hace que los hombres se olviden de Dios: *Los placeres de la carne inducen al olvido de Dios*. Y San Juan Damasceno enseña, que: *el hombre carnal no puede mirar a la luz de la verdad*. Así, el lascivo y voluptuoso ya no entienden lo que significa la gracia de Dios, el juicio, el infierno y la eternidad: *Cayó fuego sobre ellos, y no vieron más el sol (Salmo LVII: 9)*.

Algunos de estos malhechores ciegos van tan lejos como para decir, que la fornicación no es en sí misma pecaminosa. Dicen, que no estaba prohibido en la ley antigua, y en apoyo a esta doctrina execrable, aducen las palabras del Señor a Oseas: *Ve, tómate una mujer prostituida, y tendrás hijos (de una mujer) de fornicación (de una prostituta) (Oseas I: 2)*. En respuesta digo que Dios no permitió que Oseas fornicara, sino que tomará por esposa a una mujer que había sido culpable de fornicación, y los hijos de este matrimonio fueron llamados hijos de la fornicación, porque la madre había sido culpable de ese delito. Esto es, según San Jerónimo, el significado de las palabras del Señor a Oseas. *Idcirco*, dice el Santo Doctor: *fornicationis appellandi sunt filii, quod sunt de meretrice generati*. Pero la fornicación ha sido prohibida siempre, bajo pena de pecado mortal, en el Antiguo Testamento, así como en la nueva ley. San Pablo dice: *Ningún fornicario, o inmundo será heredero del reino de Cristo y de Dios (Efesios V: 5)*. ¡He aquí la impiedad a la cual la ceguera de tales pecadores los lleva! De esta ceguera surge, que, a pesar de que vaya a los sacramentos, sus confesiones son nulas por falta de verdadera contrición; porque cómo es posible que tengan verdadero dolor, cuando no reconocen ni aborrecer sus pecados?.

El vicio de la impureza lleva consigo también la obstinación. Para vencer las tentaciones, especialmente contra la castidad, la oración continua es necesaria: *Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (Marcos XIV: 38)*. ¿Pero cómo los impúdicos, que siempre están tratando de caer en la tentación, rogaran a Dios librarlos de la tentación? Pues como San Agustín confesó de sí mismo, incluso se abstienen de la oración, por el temor de ser escuchados y curado de la enfermedad, que desean continuar. *Tuve miedo*, dijo el Santo: *que pronto escucharía y curaría el pecado de la concupiscencia, que deseaba ser saciado, en lugar de extinguirse*. San Pedro llama a este vicio, un pecado incesante: *Teniendo los ojos llenos de adulterio y pecado que nunca cesa (II Pedro II: 14)*. La Impureza se llama el pecado sin cesar a causa de la obstinación que lo induce. Algunas personas adictas a este vicio, dice: *“Yo siempre confieso el pecado”*. Tanto peor, porque, ya que siempre reincide en el pecado, estas confesiones sirven para hacerlo perseverar en el pecado. El temor al castigo es disminuido diciendo: *“Yo siempre confieso el pecado”*. Si considera que este pecado sin duda merece el infierno, seguramente no diría: *“Yo no voy a renunciar a él, no me importa si estoy condenado”*. Pero el Diablo le engaña. Dice, comete este pecado, para que después lo confieses. Sin embargo, para hacer una buena confesión de sus pecados, debe tener verdadero contrición del corazón, y el firme propósito de no pecar más. ¿Dónde están esa contrición y este firme propósito de enmienda, cuando siempre se vuelve al vómito? Si hubiera tenido estas disposiciones, y hubiera recibido la gracia santificante en sus confesiones, no debería tener una recaída, o por lo menos debió abstenerse de recaer durante un tiempo considerable. Si usted siempre ha vuelto a caer en el pecado en ocho o diez días, y quizás en menos tiempo, después de la confesión. ¿Qué signo es esto? Es una señal de que estaban siempre en enemistad con Dios. Si un hombre enfermo vomita inmediatamente el medicamento que toma, es una señal de que su enfermedad es incurable.

San Jerónimo dice, que el vicio de la impureza, cuando es habitual, cesará cuando echan al infeliz empedernido que complace en él, en el fuego del infierno: *¡Oh, fuego infernal, la lujuria, cuyo combustible es la gula, cuyas chispas son breves conversaciones, cuyo fin es el infierno*. El libidinoso viene a ser como el buitre que espera a ser asesinado por el cazador, en vez de abandonar la podredumbre de los cadáveres en los que se alimenta. Esto es lo que sucedió a una mujer joven, quien, después de haber vivido en el hábito del pecado con un joven, cayó enferma, y que parecía estar convertida. A la hora de la muerte, ella pidió permiso de su confesor para enviar buscar al joven, con el fin de exhortarlo a cambiar su vida en vista de su muerte. El confesor muy imprudentemente dio el permiso, y le enseñó lo que debía decirle a su cómplice en el pecado. Pero escuchen lo que pasó. Tan pronto como lo vio, se olvidó de su promesa hecha al confesor y la exhortación que iba a dar al joven. ¿Y qué hizo? Ella se enderezó, se sentó en la cama, estiró los brazos hacia él, y le dijo: *“Amigo, yo siempre te he amado, y hasta ahora, al final de mi vida, te amo, veo que por tu culpa iré al infierno, pero no me importa, yo estoy dispuesta, por el amor tuyo a ser condenada”*. Después de estas palabras, cayó de espaldas sobre la cama y expiró. Estos hechos están relacionados por el Padre Segneri.

¡Oh! lo difícil que es para una persona que ha contraído el hábito de este vicio, enmendar su vida y volver con sinceridad a Dios! Lo difícil que es para esta persona que no pongan fin a este hábito que le lleva al infierno, como la mujer joven desafortunada de quien acabo de hablar.

Segundo Punto: La ilusión de los que dicen que Dios se apiada de este pecado.

Los devotos de la lujuria dicen que Dios se apiada de este pecado, pero ese no es el lenguaje de Santo Tomás de Villanueva. El dice que en las Sagradas Escrituras no leemos de ningún otro pecado tan severamente castigado como el pecado de la impureza: *Luxuria facinus prae aliis punitum legimus*. Encontramos en la Escritura, que por el castigo de este pecado, un diluvio de fuego descendió del cielo en cuatro ciudades, y en un instante, no sólo destruyó los habitantes, sino incluso las mismas piedras: *Y el Señor llovió de parte del Señor sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego del cielo, y destruyó estas ciudades y todo el territorio del entorno, todos los moradores de las ciudades y todas las plantas de la tierra (Génesis XIX: 24-25)*. San Pedro Damían cuenta que un hombre y una mujer que había pecado contra la pureza, fueron encontrados quemados y negros como un carbón.

Salviano escribe que fue por el pecado de impureza que Dios envió el castigo a la Tierra con el diluvio universal, causado porque la lluvia continuó durante cuarenta días y cuarenta noches. En este diluvio, las aguas subieron quince codos por encima de las cimas de las montañas más altas; y sólo ocho personas, junto con Noé se salvaron en el arca. El resto de los habitantes de la Tierra, que eran más numerosos entonces que en la actualidad, fueron castigados con la muerte como castigo de los vicios de la impureza. Y dijo Dios: *No morará para siempre mi Espíritu en el hombre, porque carne es (Génesis VI: 3)*. Eso es, dice Liranus: *demasiado profundamente involucrado en los pecados carnales*. El Señor añadió: *Porque me arrepiento de haberlos hecho (Génesis VI: 7)*. La indignación de Dios no es como la nuestra, que nubla la mente, y nos conduce a excesos; su ira es un juicio perfectamente justo y tranquilo, por el cual Dios castiga y repara los desordenes del pecado. Sin embargo, para hacernos comprender la intensidad de su odio por el pecado de la impureza, Él se representa a sí mismo como apesadumbrado por haber creado al hombre, que tan gravemente lo ofendió por este vicio. Nosotros vemos hoy en día un castigo temporal más severo infligido en esto, que en cualquier otro pecado. Ve a los hospitales, y escucha los gritos de tantos jóvenes, que, en castigo de sus impurezas, están obligados a someterse a los más severos tratamientos y a las operaciones más dolorosas, y que, si se escapan de la muerte, están según la amenaza divina, débiles y sujetos a los dolores más insoportables para el resto de sus vidas: *Por tanto, así dice el Señor Dios: Porque te has olvidado de Mí y me has vuelto las espaldas, por lo mismo lleva tú también sobre ti la pena de tus maldades y prostituciones (Ezequiel XXIII: 35)*. San Remigio, escribe, que exceptuado a niños, el número de adultos que se salvan, son unos pocos, a causa de los pecados de la carne: *Exceptis parvulis ex adultis propter vitium carnis pauci salvantur*. Conforme con esta doctrina, que fue revelado a un alma santa, así como el orgullo ha llenado el infierno con los demonios, así la impureza lo llena de los hombres. San Isidro da esta razón. Él dice que no hay vicio que tanto esclavizara a los hombres al Diablo como la impureza: *Magis per luxuriam, humanum genus subditur diabolo, quam per aliquod aliud - San Isidro*. Por lo tanto, dice San Agustín, que con respecto a este pecado, la lucha es común, y rara la victoria. Por lo tanto, es a causa de este pecado, que el infierno se llena de almas.

Todo lo que he dicho sobre este tema, se ha dicho, no para que algunos de los presentes, que ha sido adicto al vicio de la impureza, puedan ser llevados a la desesperación, sino para que esas personas puedan ser curadas. Vamos a continuación, a concluir con los remedios.

Hay dos grandes remedios: La oración y la huida de las ocasiones peligrosas.

La oración, dice San Gregorio de Nisa, es la salvaguarda de la castidad: *Oratio pudicitiae praesidium et tutamen est*. Y antes de él, Salomón, hablando de sí mismo, dijo lo mismo: *Y luego que llegué a entender que no podría ser continente si Dios no me lo otorgaba, acudí al Señor, y se lo pedí con fervor (Sabiduría VIII: 21)*. Por lo tanto, es imposible para nosotros vencer a este vicio sin la ayuda de Dios.

Por consiguiente, tan pronto como una tentación contra la castidad se presenta, el remedio es a su vez tornarse inmediatamente a Dios por ayuda, y repetir varias veces los nombres más sagrados de Jesús y María, que tienen una virtud especial para desterrar los malos pensamientos de ese tipo. ¡He dicho inmediatamente!, sin escuchar, o comenzar a discutir de la tentación. Cuando se produce un mal pensamiento en la mente, es necesario librarse de inmediato, como si fuera una chispa que vuela lejos del fuego, y al instante invocar la ayuda de Jesús y María.

En cuanto a la huida de las ocasiones peligrosas, San Felipe Neri decía, los que temen pecar -es decir- los que huyen de las ocasiones de pecar obtienen la victoria. Por lo tanto, debe, en primer lugar, mantener un sistema de retención en los ojos, y debe abstenerse de mirar con malicia. De lo contrario, dice Santo Tomás, que apenas se puede evitar este pecado. Por lo tanto, Job dijo: *Hice pacto con mis ojos de no mirar, ni siquiera pensar en una virgen (Job XXXI: 1)*. Job Tenía miedo de mirar a una doncella porque de las miradas, es fácil pasar a los deseos y los deseos a los actos. San Francisco de Sales decía por ejemplo que para mirar a una mujer no hace tanto mal, como mirarla por segunda vez. Si el Diablo no ha obtenido una victoria de la primera vez, va a ganar por segunda vez. Y si es necesario abstenerse de mirar con malicia, es mucho más necesario evitar una conversación vana: *No mires a persona alguna por la hermosura, ni quieras hacer asiento en medio de mujeres (Eclesiástico XLII: 12)*. Debemos estar persuadidos de que, para evitar las ocasiones de este pecado, no hay precaución que pueda ser demasiado grande. Por lo tanto, debemos estar siempre temerosos, y atentos de ellos: *El sabio teme y se desvía del mal, el necio pasa adelante y se cree seguro (Proverbios XIV: 16)*. Los sabios son precavidos y evitan el peligro; los necios, son insolentes y confiados en sí mismos que caen.